

Editorial

marzo 15/56 m

La Vergüenza del Barrio de Colón

NO hace falta ejercer funciones policia-
cas, ni salir a extramuros para descu-
brir los antros de corrupción. El vicio flo-
rece libremente en el centro de La Habana.
ocupando una zona cada vez más extensa.
El famoso barrio de Colón, cuyo carácter se
lo daban dos o tres calles, ha crecido tanto
en los últimos tiempos, que ya no es posible
establecer claramente sus delimitaciones.
Va de Gallano al Prado, con ramificaciones
sinuosas que bordean los establecimientos
comerciales más lujosos y elegantes, y el vicio,
en sus formas más degradantes, ejercita
su comercio con una naturalidad pas-
mosa.

El ejemplo del barrio de Colón es elocuente-
tísimo. Lo que empezó localizado en unos ca-
llejones oscuros, bajo la tolerancia policia-
ca, ha ido creciendo insensiblemente, hasta
convertirse en un verdadero cáncer, que lle-
va camino de invadir la ciudad toda. Ya no
es necesario esperar a la caída de la noche
para que la vida clandestina se manifieste.
Ahora el comercio de las actividades licen-
ciosas se hace a la luz del día, como una
industria más que produce a todas horas.

Al Club de Leones y al Club Rotario de-
bería preocuparles el destino de la juventud,
que no necesita ir al encuentro del vicio
realizando escapadas a los suburbios. Ahora
el vicio está a la vuelta de la esquina, sin
disfraces, amenizado por la música de las
vitrolas mecánicas, en bares y cantinas pre-

paradas para atraer a la clientela; y en las
mismas aceras se ven a los adolescentes su-
friendo el acoso de la explotación en todas
sus formas.

El barrio de Colón es, en todos los órde-
nes, un baldón para La Habana. Siquiera
fuera por el pudor elemental de evitar que
el visitante extranjero juzgue nuestras cos-
tumbres por lo que le sale al paso en las zo-
nas comerciales, dicho barrio debiera ser so-
metido a una intensa campaña higiénica.
Pues ocurre que se trata del centro de La
Habana, y no son unas cuantas cuadras las
afectadas, sino un extenso radio urbano,
donde, por razones de la escasez de la vi-
vienda, miles de familias virtuosas se ven
obligadas a presenciar las actividades licen-
ciosas, mientras el contagio se extiende a la
adolescencia y a la juventud sin reparar en
sexos.

Sería interesante, y aleccionador, sin du-
da alguna, que las fuerzas cívicas sometie-
ran a estudio las condiciones de vida en ese
barrio de Colón y las múltiples manifesta-
ciones en que se produce la corrupción y el
vicio. He ahí un problema que ni el Club de
Leones, ni el Club Rotario pueden soslayar
sin volverse de espaldas a los propósitos que
justifican la existencia de ambas entidades,
que han respondido siempre, hasta ahora,
al imperativo del servicio público y al em-
peño de enfrentarse con los grandes proble-
mas nacionales.

M, marzo 15/56